

# Lo que sea de cada quien

## Toreando a Manuel Capetillo

Vicente Leñero

Cuando me dijeron que Manuel Capetillo había llegado a mi casa y tenía urgencia de verme, pensé en el Manuel Capetillo escritor, esposo de María Muro, autor de una novela notable a la manera del *nouveau roman*: *El cadáver del tío*. Pero no. El Manuel Capetillo que entró en el estudio, sonriendo y con el mechón de pelo hacia la frente, era el famoso ex torero a quien tenía años de no ver en persona. Lo conocí en los años cincuenta cuando yo reportaba en las páginas taurinas de *El Universal Gráfico*. Le hice entonces varias entrevistas. En una de ellas, recuerdo, me explicó con precisión coreográfica, quebrando la cintura y corriendo la mano, cómo se trazaba el pase natural en tres tiempos que acababa de inventar.

Ahora no quería hablar de toros, uf. Aborreía la fiesta brava que le dejó el cuerpo surcado de cicatrices, ¿quieres verlas?

—Vine a proponerte un asunto cañón —dijo, tomando asiento en el sillón que había sido de mi padre—. Una película que te va a volver loco.

—Yo no soy director de cine, Manuel.

—Eres guionista, ¿no?

—Sí, pero lo que pasa...

—Una película de época, de los tiempos de Benito Juárez. Cuando su gente luchaba por expulsar a Maximiliano del país.

—¿Ya tienes productor?

—Eso lo consigo en un abrir y cerrar de ojos. Lo difícil son los caballos y ya los tengo. Una caballada de cuarenta o cincuenta animales, porque en aquellos años... todo es histórico, ¿eh?, todo es histórico; en aquellos años los juaristas cavaron en la frontera de Estados Unidos y México... puede ser por el rumbo de Nogales o de Agua Prieta, donde más fácil resulte filmar; cavaron un túnel enorme, de kilómetro o kilómetro y medio, como los que usan los narcos de ahora para pasar la droga; cavaron



Manuel Capetillo

un túnel para contrabandear, ¿qué crees?

—Caballos.

—Exacto. Caballos, caballos, caballos. De Estados Unidos a México. Los necesitaban para el ejército juarista. Caballos gringos. Nada más imagínate en la pantalla el montonal de potros entrando al túnel por Arizona... y para eso tengo buenos caporales, buenísimos; entrando y cruzando y saliendo luego al descampado. Las patas a galope tendido. Las crines. Las ancas empapadas de sudor. Los belfos escurriendo babas. Qué escena, carajo, ¿la ves?, ¿te la imaginas? La pantalla llena de caballos desbocados: espectacular, como nunca se ha visto. Podría durar treinta, cuarenta minutos, lo que sea.

—¿Y la historia?

—¿Cuál historia?

—La que se va a contar en tu película.

—Bueno, eso es precisamente lo que tú necesitas escribir. Para eso vine.

—No tengo la menor idea.

—Lo central es la caballada en el túnel. La historia es lo de menos. ¿Te la estás imaginando?

—Todavía no.

—Pero arrugaste la frente, ya te vi, la acabas de arrugar. Eso quiere decir que la empezaste a pensar sin darte cuenta.



—Para nada.

—Échale ganas, Vicente, ten confianza en ti mismo. ¿De veras no te parece un peliculón?

—Falta la historia.

—Las historias van y vienen. Todo es cosa de sentarse a pensar y chin, se enciende la chispa.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Tú tranquilo. Cuando se te ocurra me avisas. Si quieres puedes irte a mi rancho que está aquí cerca y es una maravilla, ¿te gustaría? Tres o cuatro semanas escribiendo y atendido como rey, sin nadie que te moleste.

—Prefiero escribir aquí.

—Te reíste, ¿eh?, te reíste porque te entusiasma mi proyecto. Ya dijiste que sí.

Me guiñó el ojo derecho y se levantó del sillón que había sido de mi padre. Lo acompañé por las escaleras hasta llegar a la calle.

Cuando regresé al estudio traté de recordar al Manuel Capetillo de los años cincuenta, siempre en rivalidad con Joselito Huerta. Lo vi en la Plaza México metiéndole una tanda de naturales en tres tiempos a un toro de Torrecillas: *Pascualino* se llamaba, me parece.

Fue un gran torero en su época. **U**